

Culpa

Espido Freire

www.espidofreire.com

Un recuerdo: mi abuela se peina al sol el cabello mojado, en el jardín, frente a la casa. Largo pero débil, ha sido su vergüenza durante años. De niña estiraba los rizos y caminaba con la cabeza muy erguida, para que le llegara hasta la cintura. Nada, ni unos ojos claros, ni un saludable tono de piel, encarnaban para ella la belleza. Sólo el pelo. Pasa sus dedos entre mi melena, y suspira, satisfecha. Casi alcanza mis rodillas, y mis primas sueñan que soy una princesa de tirabuzones larguísimos, o que caminan sobre ella como sobre un manto. De un castaño rojizo, idéntico al de mi abuela, parece una enredadera aferrada a mi cuello por sus zarcillos.

Años más tarde, cumplidos los diecinueve, vestida de negro riguroso, tal y como acostumbraba en esa época, recogeré mi cabello en una coleta y, como quien se libera de una carga, daré un tajo a ras de la goma. Ya con anterioridad me había desprendido de parte de él. Primero hasta la cintura, luego, con la excusa de aliviar la espalda y la nuca de tensiones y de los tocados inmensos (yo entonces cantaba, y el escenario exigía el cabello recogido) hasta los hombros. Segaba las puntas, conservaba su brillo vegetal, pero ya no era una marca de belleza, sino una pesada carga: una extensión de mi vida clavada a mi cabeza. Mi pelo no me importaba. Era la cintura, los muslos, la cadera, lo que me dejaba sin dormir durante los años anteriores.

Si aquella noche no me hubiera cortado el pelo, las tijeras se hubieran dirigido a mi cara, o quizás a las muñecas. Al día siguiente una peluquera intentará arreglar el desaguisado, dos centímetros de pelo en torno a una cabeza que de pronto emerge redonda, ingenua. No encuentro modo de peinarme, mi ropa ha perdido sentido y no me reconocen por la calle.

Nunca sentiré un impulso similar. No que se prolongue por más de unos segundos, ante una fotografía de moda o una película convincente, un afán momentáneo por convertirme en otra persona. Entonces ya me encontraba casi libre de la bulimia. Un

poco más, sólo un esfuerzo más y ya se perdería en el olvido, como un pesadilla que no se recuerda al despertar. Al despojarme de mi pelo exigía a gritos una vida distinta, ofrendaba a alguna diosa cruel y gélida mi belleza como la sirenita ofrecía su voz, con tal de que todo cambiara. Desde entonces, le he permitido la libertad. No más trenzas, no más moños complicados como los que mi madre y mi hermana inventaban. Caerá sobre los hombros suelto, alborotado. La diosa aceptó el sacrificio.

Ojos y pelo, en eso destacábamos las mujeres de mi familia. A mí me concederán una piel blanca, hermosas manos. Ninguna de ellas es, según los cánones actuales, hermosa. Poseen, en una rama de la familia, carácter, inteligencia, ironía, fuerza de voluntad, una calma imperturbable que delata una tensión interna siempre a punto de reventar. La otra rama ha dado mujeres dulcísimas, místicas, abnegadas, con ojos y expresión de Inmaculada de Murillo. Imbéciles por amor, víctimas, criaturas. Y, de nuevo, las salvajes ondas de cabello en todas las hermanas, en distintas fotografías, fluyen hasta la cintura. Paso las hojas del álbum una y otra vez. Entonces, a los cinco, los siete años, la belleza me importa poco. Si poseen hermosos rizos, ropas bonitas, son bellas. No me fijo en su cuerpo, ni mucho menos en su delgadez. La belleza radica en otra parte.

Mi madre presta poca atención a su cabello, pero, en cambio, dedica un exquisito cuidado a su ropa. Con ella aprendo a distinguir paños, el terciopelo de seda del de algodón, el corte al bias y los diversos tipos de mangas. En las revistas italianas y francesas las maniqués de los años sesenta -todavía no se habla de modelos- flacas, huesudas, parecen soportar con resignación el peso excesivo de los trajes rígidos y tableados y los sombreros que se asemejan a curiosas cacerolas invertidas. Dibujamos los cortes, desmenuzamos la estructura de un vestido con espíritu de forenses. Cuando algún traje se resiste, la vanidad de mi madre, o tal vez su orgullo, no lo soporta. Vuelve sobre él una y otra vez, y mientras yo dibujo vestidos de fiesta para mis muñecas de papel, ella examina las entrañas de la tela.

Aprendo a distinguir los colores con bobinas de hilos y botones. Hago collares con ellos, que a la luz brillan como cristalitos y cuentas doradas. Son promesas de ropa aún por cumplir, espectros de prendas que no han dejado más que esqueletos y retales. A menudo, mi hermana prueba su cámara, sus filtros y experimentos conmigo, y me da libertad para disfrazarme. Los espejos eran mis amigos, y revoloteaba ante ellos, pintarrajeada y convertida en otra. No volverá un tiempo feliz, pleno como él. Nunca habrá una comunión tan clara entre mi cuerpo, una visión tan despreocupada de lo que

soy, la promesa vaga, y por tanto, inmensa, de lo que puedo llegar a ser, de la evolución de mis rasgos. A partir de entonces, el espejo será una amiga femenina. Crítica. Juzga.

Las visitas escrutan mi rostro, y los convierten en piezas de un puzzle que reparten entre la familia. Los ojos, las manos, el gesto de la sonrisa. Nada es mío. Durante unos años ostentaré el poder sobre mis facciones, las regiré sin poseerlas del todo. No me importa. En mi vida de niña casi nada me pertenece, apenas mis libros, mis cuadernos. ¿Por qué iba a hacerlo mi cara? Como en los cuentos orientales, al renunciar a todo, todo es mío.

A veces asalto el ropero de mi madre y saqueo sus alhajas. Recuerdo con una precisión dolorosa un broche de piedras azules y rosas, un collar de perlas grises que acabé convirtiendo en canicas, un pañuelo de gasa verde con hilos metálicos de colorines. Prendo el broche sobre la bata blanca del uniforme, y ya me he convertido en una mujer hermosa. Me disfrazo, me maquillo los ojos de azul y los labios de rojo y sueño con cumplir quince años. Con mi distorsión infantil del tiempo pienso que a los quince años una niña ya es mayor, camina sobre tacones, viste con traje, posee su propio collar de perlas y no tardará en casarse. No le encuentro gran mérito a ser pequeña, y vivo como una ofensa personal el que acorten mi vestido de comunión, con sus minúsculos bordados en seda, y lo mancillen con un cinturón de raso verde para emplearlo a diario. Lo uso poco. Dos domingos. Luego regresa a su ataúd de armario.

Mi uniforme es azul marino, el color del trabajo, con una pequeña corbata masculina que insisto siempre en llevar; pero para los fines de semana elijo el rosa, para refugiarme, al menos por unos días, en otro mundo de afectos, donde la calidez y las sonrisas obtienen su premio y las buenas niñas pueden jugar con coches, o subir a los árboles, o pelearse con los vecinos siempre que no se manchen la ropa y coman todas las verduras. Amo demasiado mis vestidos pacientemente bordados, cosidos según mis caprichos con las telas que escojo con mi madre, como para no cuidarlos. Los niños pueden patearme en la rodilla y no lloraré, pero ay del que se atreva a descoserme el dobladillo. Para mí ser niña no excluye la fuerza. Ni la brutalidad. Luego, olvidaré todo eso.

Cumplo quince años con tacones y un traje; he olvidado el collar, que sustituyo por unos pendientes dorados con una perla inmensa. Recuerdan a un huevo frito de colores invertidos. Y hace tiempo que busco un príncipe azul que vaya a juego con mi ropa. Han cambiado tanto las cosas en tan poco tiempo, que las leyes sobre la belleza no son ni remotamente las mismas. Las mujeres de los ochenta, hombrunas y con pelos

geométricos, han sustituido con su aire agresivo, rutilante, a las ninfas indolentes, delgadísimas, hippies. Esas revistas de moda y alta costura, que yo devoro con el mismo interés de años antes, cuando copiaba de ellas vestidos para mis muñecas de papel, no afectan un universo tan lejano como es mi pueblo.

Los muchachos, señores que otorgan el título de belleza en el plano local, no se fijan en las chicas, sino en la imagen que esas chicas proyectan. No buscan mujeres, ni siquiera buscan compañeras. Nada auténtico tendrá el menor éxito. Como en la rígida estética japonesa, la artificiosidad supera en belleza a la realidad. Y el canon imperante dicta cabellos lacios y flequillo, camisas a rayas, piel bronceada, pantalones vaqueros, chaquetas azules o granates, blusas con estampado de cachemira. Como concesión a la femineidad, vestidos de terciopelo ajustados. Sorprendida, despierto en un mundo en que, como paso previo a la batalla de seducciones, las mujeres esgrimen sus armas de guerra. Y paso revista a mis fuerzas. No son las de niña. Parece que me he debilitado. Valgo lo que los demás opinan de mí. Y yo, pobre niña quinceañera, para los demás, no soy delgada. Poco a poco elaboro otra teoría: estoy gorda. Peso cincuenta kilos, pero estoy gorda.

La belleza no ya algo propio, algo que salte a la vista, como cuando era niña. Los mofletes rosados no cuentan, las leyes que me convertían en una hermosa niña han desaparecido. La publicidad me exhorta a dejar que mi belleza interior aflore, a recuperar una figura o una piel ideal que nunca ha sido mía, en realidad. Me cubren de embustes, modifican las fotografía de mujeres ya de por sí bellísimas y luego me las tienden para que me convierta en ellas. Si quiero ser realmente yo, he de transformarme en otra. Si quiero recibir el homenaje reservado a las bellas, debo demostrar que controlo mi cuerpo hasta el último detalle. Un cuerpo esbelto, ligeramente musculado, libre de taras, el verdadero yo que capas defectuosas, o sobrantes, al menos, impiden asomar. Inicio una lucha imposible. Ese cuerpo nunca aflorará.

Durante tres años plancharé mi pelo, me quemaré la piel en un esfuerzo por broncearme, y dejaré de lado mi ropa a medida, de modista, la ropa tan estudiada por mi madre, para probarme vaqueros y camisas. Si es necesario, lograré ser la mayoría. Dibujo a escondidas en los cuadernos de matemáticas, entre los pentagramas de armonía, las camisas de las chicas más exitosas y luego rebusco entre las perchas de las tiendas. Como una alumna obediente, intento mimetizarme en la idea de Mujer. Sin embargo, algo falla, algo se resquebraja, finas líneas en un plato blanco de porcelana.

Me miro al espejo. Primero con el aire despreocupado de cada mañana, con la plancha de pelo en la mano, dispuesta a achicharrarme el flequillo. Luego, como una extraña. Unos rasgos pequeños, delicados, boca pequeña, nariz menuda, mandíbula suave. Una expresión más de Virgen Inmaculada que de mujer con carácter. Faltan ángulos, falta un toque masculino por alguna parte. Un aire andrógino, algo que desdiga la evidente carnalidad de un cuerpo delgado pero con demasiadas curvas como para resultar cómodo, como para no intimidar.

Falta tiempo para la irrupción de la anorexia, para las modelos enfermizas y ojerosas, frágiles como cañas secas, pero el germen se está gestando. Al cuerpo masculinizado de la mujer de los 80 le sucederá, en muy pocos años, el culto a la delgadez excesiva. No queda apenas espacio para el exceso, las modelos explosivas de los primeros años de la década. Los muchachos más codiciados escogen novias esbeltas hasta la exageración, niñas que son poco más que muchachos con vagina. Las gorditas encontrarán acomodo pronto con novios mayores, a los que miramos como si ocultaran alguna perversión oculta. En efecto, al poco tiempo alardean de sus escarceos sexuales. Las delgadas, en cambio, se dejan adorar a distancia, distantes, frías. Intocables. Quedamos nosotras, las adolescentes normales. Quedo yo. Demasiado aparte. Demasiado extraña. Demasiada gorda.

Con la intimidad propia de una noche con una copa de más un amigo me confesará que sus compañeros y él hablaban de mí como de la "chica porno", porque me parezco, en constitución y rostro, a una actriz de la primera película X que, tragándose el rubor, habían alquilado. En un pueblo en que los chicos me conocen por mi apellido, como a las divas de ópera, no sé si sentirme halagada u ofendida. Más tarde, me indigna saber que no pensaban en sus novias, sino en mí, lejana, casi alejada de su mundo, para preservarlas de sus deseos, para no enturbiar su imagen con asociaciones de lascivia. Sus cuerpos etéreos y de caderas estrechas debían permanecer no sólo estériles, sino vírgenes.

Esas mujeres no envejecen. Perpetuamente ancladas en la adolescencia, en la pubertad, niñas dependientes y desvalidas, su imagen sugiere que acudirán solícitas al hombre que las necesite. Incluso vestidas de ejecutivas, parecen disfrazadas. Las evanescentes rubias, Rowena, Alicia, calman la voracidad que Rebecca y Cora han despertado. La mujer carnal conduce a la perdición, envenena, obsesiona, envejece, muere o es castigada. Ese es el destino que me aguarda, o eso parecen decirme las historias que leo.

Del mismo modo que otras razas, otras clases sociales, resultan sexualmente exóticas y deseables, mi constitución corporal me aleja de lo común. Mi relativa distancia del resto de las muchachas de mi edad -los viajes, los estudios, los conciertos- acentúa esa impresión. Lejos, la normalidad. La artificiosidad del disfraz que se entendía por una mujer. Mis esfuerzos por camuflarme parecen de pronto tan ridículos como el silencio de los muchachos.

Olvidé los vaqueros, mi cabello volvió a rizarse y desafié, a partir en entonces con plena consciencia, los ocultos recovecos y la represión de los varones. Y, como una polilla, la idea de resultar peligrosa -Lilith, Salomé, Medusa- se incrusta en mi garganta. El lugar intermedio entre el corazón y el cerebro. Resulto tentadora, incito a pensamientos que no me agradan, que si bien no me parecen pecaminosos, no me resultan cómodos. Deseo vivir algún tiempo más en la inocencia, en el mundo ficticio de imágenes sin deseos. Mientras tanto, mi mente no puede resistir toda esa presión. Vomito por primera vez. Tras esa, llegarán muchas otras.

Tal vez si lograra adelgazar, tal vez si mis contornos se suavizaran, si mi sexualidad resultara menos evidente... y mientras me niego a ceder, restrinjo la comida. La dieta iniciática de toda adolescente se prolonga, memorizo calorías, cuento gramos de grasa y fibra, y el muelle de mi fuerza de voluntad cede; cede hasta que revienta. Con diecisiete años engordaré diez kilos, y mi cuerpo ganará años con el nuevo peso. La ortodoncia me alejará definitivamente de la mente de los muchachos. Por un tiempo me encontraré a salvo. Luego, llegarán los adultos.

No todas mis amigas, niñas en una situación similar, lograrán escapar de la angustia de saberse objeto, del ritual de la belleza y la seducción. Una de ellas, la más querida, una niña inteligente, guapa, con ojos de ágata, se quedará por el camino sin que lo advirtamos. Tras un verano, me presento por sorpresa en su casa. Quiero entregarle un regalo comprado en una región que ella aún no conoce. Se ha quedado en casa, no ha venido a la piscina, como las demás. A finales de agosto, ella, alumna brillante, está ya estudiando matemáticas, impulsada por el pánico a perder su posición en la clase. Me recibe en pantalones cortos, que tapa apresuradamente con una bata rosa. Niña buena. No olvido sus rodillas laceradas, sus muslos del grosor de mi antebrazo, las pantorrillas inexistentes. De pronto, recuerdo el reportaje leído en una revista. Está enferma, loca, no la comprendemos. Ha huido más allá.

Será la primera anoréxica que conozca, y habrá muchas. Murió un año después, sin sufrimientos aparentes, con el corazón detenido en veintiocho kilos. Feliz por

desvanecerse en el aire, cercana a su propio ideal de belleza, una prima de huesos de galgo con quien siempre la habían comparado.

Recuerdo las miradas de ira cuando, sumergida en mi feroz carrera hacia la normalidad, hacia la impostura de convertirme en otra, comía en presencia de otras mujeres. La incomodidad de los hombres al verme disfrutar con la comida. Comprendí el auténtico sentido de la manzana edénica, y lo cercano que el apetito culinario se encontraba del sexual. Durante gran parte de la Edad Media, el pecado original no se identificaba con la lujuria, como ahora, o con el placer carnal, sino con la gula. Y, durante aquel breve momento, diez kilos son fáciles de sumar, resbalé hacia un pecado nuevo servido en mesa y mantel. Bulimia. Hambre de buey. El exceso. El pecado.

Ninguna mujer comía por la calle, salvo chicle. Salvo, los domingos por la tarde, pipas de girasol. Una niña joven con un pastel destacaba como una alubia en mitad del arroz. Los bocadillos de barra y embutido tolerados a los varones y a los niños no me estaban destinados. Sería un acto tan impúdico como orinar en una esquina sin ser niño, ni hombre. Apenas captaba entonces la furia de alguna de mis amigas, perpetuamente a dieta. Una de ellas tramó una excusa curiosa para explicar su fracaso al perder peso. Engordaba porque yo comía. No sabía resistirse a los dulces si yo compraba uno. Mi capacidad como tentadora se había sublimado definitivamente. Las madres, por contra, sonreían. Aleteaba la muerte de la chica anoréxica, que puso fin, al menos por unos meses, a las dietas.

Pero, ocultas, con la sensación de haber cometido algún delito aún no definido, permanecían otras historias de seducción, otras inocentes argucias interpretadas como ardidés de *Lolita*: los romances que habíamos mantenido siendo aún impúberes, o apenas adolescentes, con adultos.

Entonces, en aquel momento en el que el cuerpo aún permanece intacto, entero, sin partes más o menos hermosas, la edad en la que un pintalabios supone el arma mágica para convertirnos en hadas mágicas, algunas habían atraído a un hombre. A más de un hombre. No éramos niñas maliciosas, no éramos perversas jovencitas con la intención de destrozarse la vida de un adulto. La maldad, la seducción, radicaba en los ojos de quienes nos observaban. Para mí, radicaba en la mentira. Yo como, pero no como. Vomito, pero a escondidas. Sufro, pero no lo digo nunca.

Cambian las niñas y de pronto, se avergüenzan al descubrir que los hombres las miran por la calle. El cuerpo, hasta entonces respetado, público a la hora de bañarse, o vestirse, se convierte en privado, acusa cambios y su crecimiento ya no es lineal, ya no

supone únicamente evolucionar: implica envejecer. Tras convertirse en mariposa, le queda poca cosa que esperar a la oruga. Lucíamos los colores de las alas, y jugábamos a disfrazarnos de flores. Flores que atraían, como las primeras luces, a insectos.

Ni *Lolitas* ni mujeres precoces. Vestíamos con nuestros uniformes -teníamos más éxito que las niñas de los colegios públicos- y las faldas comenzaban a quedarnos cortas. Las rubias contaban con más perseguidores que las castañas, las castañas más que las morenas. No era necesario, como fue más tarde, fingir ignorancia para atraer a los hombres. Nuestra edad y nuestra inocencia les tranquilizaban, pese a la turbadora irrupción de lo prohibido, de la distancia obligada a mantenerse. Más tarde, apenas tres, cuatro años, sólo lograremos hacernos perdonar por nuestra belleza si nos acompaña la estulticia. Si atraemos a los hombres, ha de ser porque no lo sabemos. O porque somos malignas. La mujer capaz de experimentar deseo sexual, de potenciarlo mediante su aspecto, se opone radicalmente a la pureza, al deber-ser. El control de la mujer sobre su físico obliga al desorden en el macho. Y, con esa asociación íntima de la muerte con el sexo, atrae sobre él la perdición.

Tendré suerte; relativa, al menos. Siempre pareceré mayor de lo que soy, mis ademanes recordarán a los de una mujer calmada, mi vocabulario y mis experiencias superarán, en ocasiones, a los de los adultos. Los hombres que se me acerquen, engañados por mi edad, retrocederán, asustados, al descubrirla. De ser una mujer con aspecto juvenil paso a ser una niña demasiado madura. No me disgusta. De vez en cuando encuentro en el armario mi vestido de comunión, modificado, y recuerdo los planes que tramaba para los quince años. Ése es el tiempo. Luego, cuando llegue a los veinticinco, a los treinta, pareceré más joven. Mi piel es buena, mi pelo brilla. Mis ojos grandes de mística me restan edad. Ya lo he dicho: tendré suerte.

Me miro de nuevo al espejo. Han pasado los años, mis dientes no necesitan correctores, los diez kilos de más se han convertido en cinco, de los que tardaré otros cinco años en deshacerme. Mi cabello es negro, negro mi vestido, desterrados al fin los pantalones que me encorsetaban y las masculinas camisas de rayitas. Llevo una capa negra, o un abrigo negro; estoy de luto por mi propia vida perdida, aunque los demás lo desconozcan y vean en ello una actitud artificiosa, una llamada de atención. Vuelvo la mirada. Mi mejor amiga parece otro reflejo del espejo. Pálidas, vestidas de negro, vampiros sin causa, con el íntimo convencimiento de que lograremos entrar entre el número de los inmortales. A brochazos, trato de descubrir mi identidad. Ya no poseo la ingenuidad de la niña; la adolescencia oscilante queda poco a poco en el recodo.

Ya que el sol me quema, renegaré del sol, y mis venas se translucirán en el dorso de mis manos y en la comisura del ojo. Ya que los vaqueros fueron mi uniforme, tardaré ocho años en vestir de nuevo. Como temo a la muerte, a la quietud definitiva, trato de darle esquinazo disfrazándome cada día. Estudio mis rasgos, las mismas facciones delicadas de la adolescencia, y me lamento de no haber nacido antes. Esos rasgos no soportarán con firmeza el paso del tiempo, y aún cuando la piel es de buena calidad, lisa y cremosa, la vejez llegará pronto. Me veo fea. El mentón, que debería ser prominente, continúa suavemente dibujado bajo la piel transparente. Los pómulos, la boca generosa, casi hinchada, que la moda dicta, la frente ancha, todo falta. Soy una colección de horrores, un canon equivocado, no exento de armonía, pero ridículamente fuera de lugar. Y aunque he dejado de vomitar y de atracarme, me sigo viendo gorda.

A diferencia de las mujeres de la era grunge, mi cuerpo no puede soportar las superposiciones de prendas. Decido vivir alejada de la moda; soy yo quien le da la espalda al mundo, con la arrogancia juvenil propia de la edad, antes de sentirme excluida. Hago acopio de argumentos con los que justificar mi extraña apariencia, que despierta la curiosidad, o incluso la indignación. Durante los años siguientes, transformaré mi apariencia en un disfraz, llevaré al extremo mi físico trasnochado. Apareceré con los ojos pintados a la manera de los cuadros antiguos, con ropa de diez años antes, rescatada del armario de mi hermana, procedente del neo-romanticismo de los 80: blusas con puntillas, anchas bandas de raso, terciopelo, pesados chalecos de brocado, faldas decimonónicas y peinados casi tan complicados como en mi época de cabellera de enredadera. Ya que no puedo ser una mujer contemporánea, una mujer hermosa, sana, joven, me convertiré en una miniatura, en una muñeca de porcelana.

Ese aspecto anticuado, que ni siquiera me esfuerzo por conseguir -basta con vestirme, con cargar sobre el cuerpo esas reliquias- enmascarará la realidad: no muestro languidez en mis discusiones, en mis actitudes. Por primera vez, me sirvo de la apariencia como de un arma. Nadie sospecha que exista fuerza bajo una piel tan blanca, y aprovecho la sorpresa para lograr mi objetivos. No me preocupa parecer o no atractiva. Disfruto dosificando la información que el resto de la gente posee sobre mí, escamoteándola o no según mi ropa. En una ocasión me mordisqueo las uñas, y sólo con ello me convierto a los ojos ajenos en una jovencita insegura y nerviosa.

Me valgo de los maquillajes, de las faldas, como de elementos de una historia. Personaje y narrador. Es gratificante representar un papel, seguir las líneas de un guión inventado por mí misma, improvisar ante los cambios que los otros actores introducen.

Al fin y al cabo, no es sino la culminación de un proceso iniciado mucho tiempo antes, con las perlas grises de mamá y las barras de labios viejas: entonces actuaba entre bambalinas, y, tras el proceso de aprendizaje adolescente, llega el ensayo final.

En ninguna otra etapa de mi vida me encontraré en un microclima como el de la universidad. La irrupción de adultos no será vista más que como una amenaza, una forma de dictadura. Profesores, bedeles, padres que aún aguardan calificaciones prometedoras. Cualquier extravagancia, mientras proceda de los jóvenes, se verá justificada. De mi paso por dos facultades extraigo la conclusión de que los niveles de belleza dependen no ya de algo tan difuso como la clase social, sino del área de dedicación del individuo. Ese descubrimiento, experimentado en carne por primera vez, me llena de perplejidad. Mi actitud estética, tolerada, e incluso animada en Filosofía y Letras, me hubiera supuesto la exclusión en Derecho. La vieja idea de la mujer decente, y, sobre todo, el estatus que delatan sus vestiduras, no ha envejecido ni un ápice. Las mujeres vikingas ilustres recibían el trato de "señora de hermosas joyas". Su edad o su porte quedaban eclipsados por el poder de la riqueza. Las leyes que desde el Medioevo procuraron restringir el lujo en los atavíos femeninos apelaban tanto a los gastos que en impuestos suponían para las ciudades como a la castidad y decencia de la fémina.

A la impostura, por tanto, de la feminidad contenida, al fingimiento de la juventud, a la pretensión de naturalidad en unos ritos estrictos para conservar la belleza se une ahora la manifestación de un canon determinado para encajar en la belleza aceptable. Cenicienta no puede presentarse en el baile cubierta por harapos y sucia de hollín. Su vestido radiante la liberará del hechizo bajo el que se encontraba. No en vano Cenicienta es uno de los cuentos infantiles con mayor difusión, ni el más reinterpretado en la actualidad. Junto, quizás, el de Caperucita Roja. Pobre niña acechada por un lobo a la salida de la escuela.

Nadie espera un discurso feminista de Cenicienta, ni que ose acercarse al príncipe sin cambiar. Por mucha que sea su belleza, su manifiesto descuido y pobreza la sitúan en una situación en la que ni el más caballeroso de los príncipes de los cuentos le hubiera dirigido una mirada. Salvo, tal vez, que hubiera sospechado que bajo su suciedad se escondiera un hada o una bruja vengativa. Las heroínas nunca aparecen menos que radiantes. Hasta que, cosas de la vida, la dulce princesita se convierte en una madrastra desalmada obsesionada por casar bien a sus hijas o por su propia belleza. Espejo, espejito mágico... ¿Quién es la más hermosa del reino?

¿Lo es la joven princesa porque el espejo lo decida así? Al fin y al cabo, ¿quién o qué es el espejo? ¿La conciencia de la mujer que descubre una nueva arruga, cuya fugaz juventud se le escapaba entre los dedos, o la voz social, el dictado masculino? ¿La delgadez, la anorexia, la pasarela anémica? Ah, la hermosura...

Por desgracia, las mujeres hemos creído siempre lo que los hombres decían de nosotras. Directamente, o mediante consejos, nos han conducido exactamente a donde esperaban, hasta, quizás, la segunda mitad del siglo XX. Se nos ha calificado de frías o ninfómanas, elevado a los altares o degradado como ramera. Se nos ha negado el voto, la independencia, el alma. ¿Cómo no regirían, con mano férrea, el concepto de belleza? Fuera espejo o conciencia el repelente espejo de la madrastra, su influencia y su origen se encuentran en las filas masculinas.

Durante los tiempos de universidad, como ya he dicho, el canon femenino ha variado de nuevo. Las supermodelos de cuerpos equilibrados han quedado anticuadas, y sus rostros aburren a los anunciantes. Su belleza resulta demasiado obvia y los diseñadores no pueden acceder a sus desorbitadas pretensiones. Por primera vez, la anorexia se convierte en un asunto de interés público. ¿Cómo podían aquellas criaturas perfectas, aquellas reinas exuberantes verse destronadas por unas muchachas macilentas, con el cabello color té y el pecho hundido? Sus perchas mínimas se convierten de pronto en objetos de deseo, y las revistas se cubren de niñas insinuantes y mórbidas, o claramente andróginas, mucho menos aterradoras que la mujer de los años anteriores. Las campañas de protesta por emplear menores, por su peso insuficiente o por polémicas de marcado asunto sexual se suceden, pero el éxito es inmediato, y las mujeres absorben el nuevo modelo como si fueran esponjas.

La misma operación, a una velocidad menor, se ha repetido durante siglos. Los pechos han subido o descendido, aumentado o desaparecido a capricho de la moda. Las caderas, la tripa o el trasero han gozado de su momento de esplendor y se han visto de nuevo eclipsados por los pechos. Se aduce que el canon actual recuerda al Renacimiento italiano y a las Venus boticcellianas, con bastantes kilos menos. Ya entonces el cabello rubio se teñía, y el mercurio y otras sustancias abrasivas despigmentaban la piel, hasta convertirla en una llaga. Las mujeres bebían vinagre para mantener su interesante palidez, una costumbre que revivió a mi alrededor cuando hubo que deshacerse repentinamente del bronceado. Los pechos de silicona demasiado exagerados delataron a sus dueñas, y la cirugía desarrolló cánulas más finas y modos más eficaces de extraer la grasa femenina sobrante.

Fue por esa época cuando nuevas voces feministas se alzaron, no ya en favor de la igualdad sino para definir qué era la belleza, y de qué manera se empleaba para someter a las mujeres. Cómo se valían de las inseguridades femeninas para convertirlas en conejillos de indias, para probar productos quizás tan nocivos, a la larga, como las lejías medievales. Fueron denunciados los manejos de la industria cosmética, y salió a relucir una vez más lo rentable que resulta el miedo y la inseguridad femenina. La insatisfacción ha de rebelarse de alguna manera, y la más común es el consumo.

Las voces discordantes pasaron de puntillas, y su influencia fue mínima. Las muchachas de mi edad, acostumbradas a variaciones sobre el tema de la mujer frágil y esbelta, se enfrentaron con más régimen a la nueva situación. Sólo desde la infancia se logra la suficiente disciplina como para enfrentarse con éxito a las exigencias continuas. Las tareas a las que se enfrenta una mujer para lograr una belleza natural son constantes y exhaustivas. Eliminar todo el vello corporal, salvo el del pubis, nutrir la piel y los cuidados que el cabello requiere tiempo. Las uñas, las manos, los pies, la celulitis, el pecho, la flaccidez, el envejecimiento, exigen cuidados constantes. Las cremas, los tratamientos especiales y la cirugía no están al alcance de cualquiera.

Para colmo, los resultados distan mucho de las ilusiones forjadas. Las promesas engañosas no se denuncian a menos que el fraude roce lo espectacular. Y todo para nada. El vello crece a los pocos días, la piel genera nuevamente células muertas, la edad encanece el cabello, arruina la piel y las formas. La cosmética ha llegado a su límite en el tratamiento de la celulitis, y las innovaciones para su eliminación procederán del campo de la medicina. Y un día tras otro, los hábitos se reanudan, los ritos de belleza se cumplen y los *mantras* de calorías se repiten desde el desayuno a la cena.

¿Qué delito han cometido las mujeres para condenarse, sin razón aparente, a pasar hambre? ¿Qué trata de probarse, de demostrar a la sociedad, la mujer que ingiere raciones destinadas a los prisioneros de guerra? Una vez más, la capacidad de controlar los instintos. El miedo instintivo a una mujer sin freno, a una libertad similar a la masculina, subyace continuamente. He visto a mis amigas, mujeres inteligentes, sensatas, al borde de las lágrimas en un probador, mientras la cremallera de una falda se negaba a subir. Las he visto más avergonzadas por haber engordado tras las fiestas navideñas que por haber suspendido una asignatura.

He presenciado las luchas que mujeres más gordas llevan a cabo todos los días; contra ellas mismas, contra la atención, casi siempre burlesca, que despiertan, contra desarreglos hormonales, contra la creencia general que las convierte en glotonas, en

caprichosas, en descontroladas. La grasa, el enemigo principal, no es el único. Es necesario conservar en su lugar las nalgas, poseer unos pechos erguidos, tornear los muslos.

Y los medios para lograrlo son muchos, y, aparentemente, muy fáciles. Dieta. Pócimas milagrosas, o lociones mágicas. Cirugía. Cortar en rodajas un cuerpo sano –no podría operarse sobre uno enfermo- para montarlo de nuevo a voluntad. Cualquier tortura por conseguir el título de bella. Los desfiles de modelos, o de misses, se suceden; las mujeres se enfrentan unas a otras, superan pruebas cada vez más rigurosas hasta ser nombradas bella entre las bellas. Y si alguna variación ocurre, el título se pierde. No se les permite engordar, ni mucho menos envejecer. Las reinas de la belleza, de las fiestas, y su corte de honor, son elegidas y depuestas cada año. Existe un terror inmenso a la evolución, al cambio. Ya que los cánones de belleza son tan estrictos, hace falta unos rasgos muy definidos o una voluntad muy fuerte para no ser una más en la lista de hermosas.

Mientras mis faldas negras aletearon a mi paso, el disfraz me protegió, como antes los kilos de más o la ortodoncia, de tomar una decisión, de adaptarme a las exigencias estéticas o renunciar a ellas. ¿Cómo aceptar de buen grado la idea de que mi cuerpo debe adaptarse a las exigencias que los hombres han imaginado, y que esa exigencia continuará saltando, mientras yo me mantenga joven, de un canon imposible de alcanzar a otro aún más disparatado, hasta que mi edad haga imposible el sueño de la belleza? ¿Cómo tolerar que parte del homenaje a mi dignidad humana, del trato que se me dispensa, se vea matizado en primer lugar por mi sexo, y en segundo por unas medidas que controlan mi cintura, mi pecho, mis facciones?

Las niñas guapas reciben mayor atención desde su nacimiento. Incluso en guarderías y centros infantiles les destinan más abrazos, más cariño. La seguridad de una niña así sólo se reforzará, con el paso de los años, y los estímulos positivos que su belleza despertará. Mientras un niño guapo recibe el elogio máximo de que parece una niña, y durante los primeros años se potencia esa imagen ambigua, hasta que irrumpa la idea de que ser un hombre es más importante que resultar atractivo, la niña sólo encontrará refuerzos, facilidades para que la belleza le ayude a llegar lejos. La actitud general rechaza y castiga a las mujeres feas, o simplemente, no hermosas. La fea debe, al menos, ser eficaz, o inteligente -no es casualidad que hasta hace relativamente poco la instrucción estuviera prohibida a las jóvenes, so pena de masculinizarlas y afearlas-, pero, por otra parte, se presupone que una mujer bella no puede ser al mismo tiempo

inteligente, o una buena profesional. ¿Qué escoger? ¿Qué escoger? ¿Qué prefieres? ¿A tu papá, o a tu mamá? ¿Preferirías morir congelada en la Antártida o quemada en una hoguera? Cualquier alternativa castra, divide la personalidad y las energías.

¿Y por qué no lograrlo todo? Belleza, y juventud, y trabajo, inteligencia, éxito social, adoración. Las revistas femeninas potencian en algunos casos esa supermujer, y muestra con fotografías, nombres y apellidos los ejemplos que han seleccionado. En pocos casos esos nombres gozan del calado social de las actrices, modelos o bellezas locales. No hablemos ya de las mujeres a las que la belleza o un elevado origen social no han tocado con su varita mágica. La escasez de modelos alternativos a las estrellas de la moda, el cine o la moda resulta no ya llamativa, sino dramática. ¿Qué valores pueden interiorizar las niñas, las adolescentes?

Cuando me rapo la cabeza conservo el cabello, sesenta centímetros de hebras castañas. En el camino entre el disfraz negro y la aparición al mundo aquellos mechones me sirven de asidero. No sólo anidan en ellos el vigor sansoniano, sino la anterior concepción de la belleza, las palabras sobre el aspecto físico que, como la corteza de un árbol, se han acumulado a mis costados y me han protegido del frío. De alguna manera, al librarme de mis faldas, de mi pelo largo, vivo la liberación de las mujeres que por primera vez aflojaron el corsé, mostraron las piernas. Mi cuerpo emerge bajo las telas y el escondrijo confortable de la melena.

No me importará ser o no hermosa. Me comportaré como si lo fuera, como si viviera en la Europa de hace siglos, que retrató con fruición a mujeres que podrían ser mis hermanas. Como si habitara entre los pre-rafaelitas, que me hubieran reconocido. Es posible saltarse las reglas cuando se ha llegado a la cumbre; pero para llegar a la cumbre no queda más opción que un comportamiento masculino. Seré yo, por tanto, la que definiré qué considero o no belleza, qué modelo prefiero seguir, qué acepto, qué me impongo.

El espejo, sin embargo, no cesa de hablar. Nunca me han considerado otra cosa que una muñequita, un esmalte, una reliquia rediviva de otros tiempos, y escucho con curiosidad las palabras ajenas. Parezco frágil. Soy preciosa para los pretendientes, guapa en casa, tengo algo para los expertos en belleza. Aparecen otros sucedáneos. Me escriben lectores, fans que ni siquiera han leído mis libros. Les gusto, por un gesto, o el pelo, o los ojos, o todo lo que nunca sospeché que pudiera agradar a nadie.

Elegancia, estilo, complementos a la belleza, cuando ésta no seda los nervios. Los espejos del mundo no cesan de mostrarme mujeres más hermosas que yo, altas,

sinuosas, rubias, sensuales. Se suceden a una velocidad tan brutal, tan injusta, que apenas tengo tiempo de memorizar sus nombres. Una mujer es sustituible, no posee ni siquiera un nombre: se les define por su color de pelo. Los mismos hombres que acechaban nuestra salida del colegio espían ahora los juegos de las nuevas niñas en la plazoleta. Las adolescentes que se reúnen en grupitos y ríen a carcajadas antes de mirar de reojo a un chico no se diferencian gran cosa de las muchachas de cabello lacio y camisas masculinas de hace diez años. Desperdician la misma energía, o aún más, que yo confundiendo su identidad, comparando cuerpos, sintiéndose inmediatamente distintas. El broche de piedras azules y rosas de mi madre se ha transformado ahora en marcas, cuanto más caras y exclusivas mejor.

En el comienzo de esa fiebre, mi generación se volcó, como no, en las prendas vaqueras. Carísimas, un derroche en una prenda de diario de dudosa elegancia que no me atrevía a justificar ante mi madre. Decidí, por lo tanto, comprarme algo de aquella marca vaquera con mi dinero de bolsillo, el que ganaba dando clases de música. El dinero no era mucho, y a última hora recordé otros gastos que me esperaban. Al final, salí de la tienda con la prenda más barata que encontré: una camiseta marrón, espantosa, que no concordaba con nada de mi vestuario, y con el logo de la marca tan discretamente colocado que nadie supo nunca, creo yo, que con aquella camiseta yo había comprado parte del paraíso exclusivo que me prometían. La puse poco. Permaneció doblada en el armario, como un recordatorio perpetuo de mi vanidad. No he vuelto a caer en ese error.

¿Qué ocurre cuando el sueño se cumple? ¿Cuándo, al fin, he decidido que soy guapa, que la suma de esos rasgos heredados, esas mujeres de cabellos larguísimos y rostros virginales que me conforman me satisface? El hechizo se rompe, pero no instantáneamente, no con la ruptura de un zapatito de cristal, sino, más bien, como la lenta muda de pluma de un pato transformándose en cisne.

En los últimos años me han arrancado el alma a fuerza de fotografías. Los ojos de los fotógrafos, otros espejos, me convierten en una muñeca de papel, y los estilistas y maquilladores hacen conmigo lo que de manera tan rudimentaria me entretuvo en la universidad. Siento cierta angustia antes de abrir el sobre cuando las imágenes llegan a mí. He memorizado, a base de pruebas, los ángulos en las que mi nariz comienza a parecer deforme, el grado de sonrisa que suaviza mis rasgos, el modo en el que puedo parecer bella, inquietante, o bonita, simplemente bonita. Si la belleza es rígida, puede de alguna manera regirse por la lógica... pero las teorías se contradicen, los expertos

consideran bello un gesto que es rechazado por otros. Me atemorizan los cambios de imagen, el encorsetamiento, una vez más, en ropa de firmas y cortes actuales: no quiero regresar al disfraz.

Me visten con prendas imposibles, tan caras y delicadas como las soñadas en las horas perdidas ante las revistas. Me someto al ritual, siempre humillante, de desnudarme frente a la estilista. Su mirada, más crítica, menos subjetiva que la de un hombre o un amante, recorre mi cuerpo. Sopesa. Compara, sin duda. Escoge un vestido, siempre rojo o negro. Tira, ajusta, se maravilla de la pequeñez de mis pies, apenas un 35, me entrega a las manos del maquillador.

De nuevo mira con la vista, descubre fallos, y la niña que jugaba con perlas grises y pañuelos de gasa verde retrocede como si la hubieran abofeteado. Cada uno destaca, con amabilidad o prepotencia, un defecto. Ojos saltones, párpados gruesos, mentón huidizo. Qué hago para mantener siempre mis ojeras, ni aposte lo lograría mejor. Comienzan, las acecho como la madrastra el esplendor de la joven princesa, las primeras señales de envejecimiento. Mi frente se llena de pliegues, otra maquilladora alerta del descolgamiento facial. La cámara engorda; durante los programas de televisión regreso, de pronto, sin aviso, a la época en la que, por ósmosis, mis dulces engrosaban la cintura de mis amigas. En todo momento mis gestos delatan mi carácter, los secretos brotan de las manos y los ojos como manantiales, y hace mucho tiempo que la intimidad desapareció. Ahora, frente a la cámara, frente al objetivo, no me sentiría más indefensa desnuda.

La expresión varía imperceptiblemente. El fotógrafo sabe qué desea, qué imagen entregará a sus espectadores. Qué llegará de mí, de mi cara crisol de tantas otras caras, a las revistas, qué instantánea decidirá si soy o no guapa, o misteriosa. O bonita, simplemente bonita. De pronto, descubren mi pelo. El fetiche mágico, el telón a nuevos misterios. Y, de alguna manera, me encuentro salvada. El pelo me cubre, me oculta, me muestra, también, revela el otro lugar en el que habito: el tiempo.

En pueblos muy distantes encontramos mujeres solitaria peinándose sobre una roca. Sirenas, lamiak, hadas bajo un embrujo. Damas de agua de cabellos de oro. Cuando, poco antes de morir, mi abuela, que jamás se había maquillado, fijaba el pelo desenredado con una horquilla, ese gesto convocaba a los espíritus no vistos, a las legiones de mujeres de cabello de hiedra y ojos duros como piedras, dispuestas a clavar los corazones masculinos en paneles, como a los insectos en las vitrinas. No con la fuerza, o el maleficio de su belleza, sino con las armas de su seducción.